

NAVIDAD Y EPIFANIA:
MISTERIOS DE LA ENCARNACION
Y DE LA REVELACION

Navidad y esperanza, pese a la caducidad del progreso humano.

"... El nacimiento de Cristo, divino y natural, debe ser nuestro renacimiento espiritual y cristiano. Se trata de un hecho maravilloso propio de nuestra fe, un hecho vital:

' Debemos renacer, podemos renacer. ¿Quién de nosotros no tiene la experiencia de la inexorable voracidad del tiempo? ¿Quién no ve cómo todo progreso humano es insuficiente en sí mismo y por su mismo desarrollo lleva aneja la limitación de su caducidad? ¿Quién no advierte, especialmente hoy, que toda manifestación de la vida ofrece el blanco a una despiadada, y en cierto sentido, lógica contradicción? ¿Quién de nosotros no lleva en el fondo de su espíritu la mordedura de la desconfianza; desconfianza en sí mismo, si se conoce bien como débil y pecador, desconfianza en los demás, desconfianza en la sociedad, desconfianza en la civilización, desconfianza en el mundo?

"La Navidad, como lo hemos dicho ya en nuestro mensaje, vence esta desconfianza; y nos convence de que se puede y se debe esperar. Es necesario renacer, es necesario comenzar de nuevo. Renacer hoy, recomenzar hoy.

"La fiesta de hoy, alegre y profunda, nos infunde esta esperanza y nos enseña el camino. Es necesario renacer mediante los criterios, mediante los principios, mediante las energías que Cristo pone hoy todavía a nuestra disposición. En Cristo, con Cristo es siempre posible empezar de nuevo y reemprender la construcción de nuestra vida personal, de nuestra vida familiar, de nuestra vida social y civil. El nacimiento de Cristo es permanente. Cristo es la infancia, es la juventud y es la virilidad nueva del mundo. Con El podemos celebrar, no sólo su antigua Navidad, sino también nuestra nueva Navidad."

PAULO VI: Felicitación Navideña antes de la bendición Urbi et Orbi el 25 de diciembre (texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 27-28 de diciembre de 1968; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.423, sábado 11 de enero de 1969).

Necesidad de la Fe en Cristo, Dios y Hombre, para el hombre de hoy.

"Igualmente se presenta el hecho de que las condiciones reales, existenciales, del hombre denuncian la necesidad de una ayuda de la divina revelación aun para las verdades religiosas a las

"que podría llegar de suyo la razón (cfr. S. Th., 1, 1; Denz. Sch. 3005 (1786), Concilio Vaticano I, "De Fide", c. 2), y ello por razones de facilidad, de seguridad y de integridad. Así que, aun permaneciendo la capacidad natural del hombre para razonar acerca de las cosas divinas, así como el deber de emplear bien nuestras facultades cognitivas en el estudio teológico y en la vida espiritual [cfr. Denz. Sch 3019-3020 (1799-1800)], es de sabios, y útil, entrar en la escuela de la palabra divina, y acogerse con fe a las enseñanzas que nos revela, y la sagrada tradición y la Sagrada Escritura nos ofrecen "como un espejo en el que la Iglesia peregrina en la tierra contempla a Dios, de quien recibe todo, hasta que llegue a verlo cara a cara, como es *"Ei"* (Const. Dogm. "*Dei Verbum*", núm. 7)."

.....

"Un célebre escritor ruso hace exclamar a uno de sus personajes: "¿Un hombre culto, un europeo de nuestro tiempo, puede de creer todavía, puede creer en la divinidad de Jesucristo, Hijo de Dios? Puesto que, al fin, toda la fe está en esto" (Dostoyewski), y un famoso teólogo católico alemán comenta: "El misterio de Cristo no consiste, en realidad, propiamente hablando, en el hecho de que sea Dios, sino en que sea a la vez Dios y hombre. El prodigio inaudito, increíble, no es sólo que en la faz de Cristo resplandezca la majestad de Dios, sino que un Dios sea al mismo tiempo hombre, que un Dios se haya mostrado bajo la forma de un hombre" (Adam, *Jesucristo*, 1934). Nuestra generación siente la presión de esta gran doctrina; y con frecuencia voces no católicas, que se difunden hoy en el mundo, repiten con nuevas palabras, pero con motivos viejos, las respuestas equivocadas (Matth., 16, 14): Se dice que es un personaje extraordinario; pero no se sabe bien quién es; por andar más seguros y magnificándolo moralmente con una cantata se acaba por minimizarlo esencialmente. Se objeta a la doctrina católica el ser mítica, helénica, metafísica, sobrenatural..., y la apología que los autores heterodoxos de moda hacen de Cristo se reduce a admitir en El "a un hombre particularmente bueno", "un hombre para los demás", y se sigue así aplicando a esta interpretación de Cristo un criterio que ha llegado a ser decisivo y despótico, el de la capacidad moderna de captarlo, acercarlo y definirlo. Se le mide con metro humano, con un dogmatismo subjetivo; en resumidas cuentas, con un fin, aunque bueno, utilitario, se le acepta porque Cristo puede servir hoy a un fin humanitario y sociológico.

"La verdad no cuenta si no es a la medida de su comprensibilidad; el misterio pierde su contenido teológico y religioso, y se resuelve en reflexiones prácticas aplicables a la sociedad moderna y a los gustos volubles de un mundo en transformación. Para esconder el vacío doctrinal, que así se produce, se dirige alguna que otra vez a la Iglesia católica, fiel a su secular cristología, la acusación de no haber imitado bastante al Señor: de

"haberlo encerrado en fórmulas dogmáticas incomprensibles y superadas. Pensamos en estas acusaciones con amargura, con honestidad, serenamente. Pero no queremos entrar ahora en discusiones, ni polémicas, ni apologéticas; están fuera de lugar. Queremos sólo poner sobre aviso a vosotros, fieles hijos, y con vosotros a cuantos se fían de la confesión victoriosa de Pedro sobre el misterio de Jesús, el Hijo del hombre: "Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Matth., 16, 16), para permanecer "fuertes en la fe" (1 Petr., 5, 9). Debemos atenernos a la palabra del Pontífice, teólogo del misterio de la Encarnación. San León Magno, al enseñar: "El Verbo de Dios, Dios mismo, como Hijo de Dios..., se ha hecho hombre: plegándose así a tomar nuestra pequeñez, sin abdicar de su grandeza, permaneciendo lo que era y asumiendo lo que no era, uniendo la verdadera naturaleza de siervo a la naturaleza que tenía igual a la de Dios Padre" (Serm. núm. XXI; P. L. 54, 192)."

PAULO VI: Audiencia general, anterior y próxima a la Navidad (18 de noviembre de 1968; texto italiano en *L'Osservatore Romano* del 19; texto en castellano: *Ecclesia* número 1.422, sábado 4 de enero de 1969).

El misterio de la Epifanía, divino designio según el cual "plugo a Dios, en su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad" (Eph., 1, 9).

"Es la fiesta de la Revelación. Es la fiesta de la manifestación de Dios en un orden nuevo, diverso y superior, no contrario al de su cognoscibilidad racional en el marco de la naturaleza; una manifestación que abre ante nosotros, en cierta medida, aunque inmensamente rica e inefable, una visión superior de las verdades divinas en sí mismas, del plano divino a nuestra mirada, y por ello acerca de la verdad de nuestro ser y de nuestra salvación, e inicia una relación maravillosa, sobrenatural, entre Dios y el hombre; establece, desde ahora, una relación vital, una religión verdadera, una comunión entre la Realidad viva y trascendente de la Divinidad y cada uno de nosotros; más aún, con la humanidad que recibe el don, la luz de la vida de esta Revelación. Este designio se cumple en Jesucristo y se nos comunica mediante nuestra aceptación, esto es, la fe, para luego difundirse con esa corriente procedente del espíritu Santo a la que damos el nombre de caridad, de gracia, y haciendo de los creyentes, así regenerados y favorecidos, un solo cuerpo en Cristo: la Iglesia."

PAULO VI: Homilía en la consagración de doce nuevos obispos en la fiesta de la Epifanía (texto italiano, francés, inglés y español en *L'Osservatore Romano* del 7-8 de enero de 1969; texto en castellano: *Ecclesia* núm. 1.424, sábado 18 de enero de 1969).